

que por un singular concurso de circunstancias se vieron estos hombres heridos por los mismos filos con que trataban de herir á sus semejantes. Fugáronse unos á través de los campos, y cubiertos de heridas, mientras que se dispusieron otros á vender caras sus vidas. Catesby, Percy y los dos Wright se lanzaron espada en mano sobre los soldados de Walsh, y perecieron luchando: Tomás Winter, Rookwood, Bates, Grant y Keys fueron hechos prisioneros: Digby, Roberto Winter y Littleton se abrieron paso, y algunos dias después cayeron en poder de las tropas de Jacobo, y los encarcelaron en la torre de Londres.

Hemos procurado seguir paso á paso todos los sucesos que se señalaron en la conspiracion de la *Pólvora*, cuyos autores acaban de sucumbir en una lucha desigual, ó se hallan en manos de la justicia de su país; pero hasta ahora no hemos visto figurar á los Jesuitas como instigadores ó cómplices del atentado, sin embargo de ser estos los principales sugetos á quienes Cecill y los Puritanos estaban interesados en complicar; porque cargándolos de un crimen inaudito, lograrían hacerlos odiosos á los Protestantes y aun á los Católicos. Erales por lo tanto preciso á toda costa crear al menos una complicidad moral. En la mayor parte de las tramas políticas, no toman las insurrecciones su verdadero nombre hasta después del triunfo ó de la derrota; gloriosas, si sus tentativas han sido coronadas con el éxito; rebeldes y culpables, si fueron sofocadas; pero en esta no era posible la alternativa: solo existía un crimen que justificar, un crimen que infamar; y mientras que el anglicanismo no supo aprovecharse de la feliz posicion de los sucesos, Cecill, el alto clero y los magistrados á quienes eligió el poder para instruir el proceso, no se ocupaban tampoco mas que de torturar los interrogatorios ó el silencio de los encausados, para arrancarles la confesion que debía perder á la Compañía de Jesús.

Se hizo entender á Bates que el Monarca le indultaría si abría un camino á las investigaciones de la justicia, y si sus declaraciones tendían á comprometer á los Padres. Seducido Bates por aquel rayo de esperanza que brillaba á su vista en las tinieblas de su calabozo, confesó cuanto sabia, es decir, que tres al menos de los conjurados tenían por directores de su conciencia á los Jesuitas Garnett, Texmund y Gerard; que él mismo habia visto al primero de los referidos conversar con Catesby, pocos dias antes

del 5 de noviembre; que habia llevado una carta del uno al otro, y que por último, sospechaba que Texmund tenia alguna noticia de la conspiracion, porque le unian á Winter los vínculos de la amistad. El presidente de Thou, historiador contemporáneo, no ignoraba ninguno de estos pormenores; pero le parecieron tan poco importantes, que ni aun los menciona siquiera en su narracion. Hé aquí cómo se expresa este escritor: «Habiendo sido interrogados sin que se les aplicase á la tortura, porque Fawkes «fue el único que toleró una muy leve, contestaron cada uno en «particular, exponiendo los hechos tales como yo acabo de referirlos, y no complicaron casi á ningun sacerdote ni religioso. Algunos han creido que la razon de su silencio, con respecto á este «asunto, estribaba en que todos ellos habian hecho juramento de «no acriminar á eclesiástico alguno, caso de ser capturados; y «aunque Francisco Tresham nombró á Enrique Garnett, escribió «antes de morir, desde su mismo calabozo y por consejo de su «mujer, una carta dirigida al conde de Salisbury, en la que desmentía la declaracion que habia hecho, y aseguraba bajo la fe «del juramento que Garnett no era culpable.»

Con un ministro tal como Cecill, y unos magistrados como los que suscitan los odios de partido ó de religion, eran mas que suficientes las deposiciones de Tresham y Bates. Poco cuidado les daba la inocencia ó la culpabilidad de los Jesuitas, y no tenían que discutir sobre la mayor ó menor verosimilitud de la acusacion. Porque las masas, á quienes queria dirigirse Cecill, prevenidas siempre, y siempre dispuestas á juzgar por la palabra del que lisonjea sus pasiones, debían aceptar sin exámen la calumnia que iba á propagar en las cátedras y folletos. El secretario de Estado habia contado, como su padre, con la humana credulidad, y esta no frustró sus esperanzas. El 15 de enero de 1606 vió la luz pública una proclama, en que á mas de ordenarse el arresto de los PP. Garnett, Texmund y Gerard, se decía: «Segun lo que resulta de los interrogatorios, es evidente y positivo «que los tres han sido fautores particulares del complot, y que «por consiguiente no son menos culpables que los autores y los «consejeros de la traicion.»

Hay épocas en la historia, en que la verdad y la justicia no son mas que pomposas palabras destinadas á encubrir la impostura y

¹ Rymer, XVI, 639.

la iniquidad. Los conjurados no delataban á nadie, y sin embargo, como atestigua de Thou, les acusaron de un juramento de discrecion, que, aun admitida su problemática existencia, no era suficiente para inculpar á los Jesuitas, y mas no existiendo testimonio alguno ni ninguna prueba; pero en Inglaterra no se paraban en estas pequeñeces. Si ninguno de los conspiradores habia hecho mencion de los Jesuitas, para eso estaban allí el ministerio, el clero anglicano y la magistratura, que si no habian tenido reparo en falsificar la palabra de Dios y la sagrada Escritura, truncando el sentido de las palabras y la lógica de los datos para fascinar á la opinion pública, mucha menos dificultad encontrarían en crear falsas declaraciones, y en forjar confesiones que jamás habian tenido lugar. Cuando en presencia de los acusados se leian estas piezas apócrifas, que mas adelante debian servir para que la historia pudiese formar su juicio, «rehusaban aquellos, segun refiere Roberto Johnston en su *Historia* de Inglaterra, reconocer como verdadero lo que allí estaba escrito¹;» llegando hasta tal punto la mala fe de los jueces, que cuando le comunicaron á Fawkes, cuyos interrogatorios se hallaban desnaturalizados del modo mas audaz, el acta de acusacion, contestó de la manera mas enérgica: «No niego, ni negaré jamás lo que me concierne; únicamente niego lo que se ha intercalado en un «negocio, que tanto en su trama, como en su ejecucion, ha sido «exclusivamente nuestro. Si alguno de nosotros tiene algo que revelar contra los Jesuitas, que hable; de lo contrario, decid, vosotros, de quién es la deposicion de la cual pueda desprenderse «su culpabilidad. Y si no podeis hacerlo, ¿qué tienen que ver «los Padres en nuestro proceso? ¿por qué tratais de insertar en «él lo que está muy distante de la verdad?»

Tal era el lenguaje de Fawkes; y sin embargo, este sugeto era quien, segun dice el doctor Abbot², declaró «que el P. Garnett «hizo los posibles esfuerzos para que la mina no dejase de surtir «su efecto.»

Nueve eran solamente los procesados: Digby, los dos Winter, Rookwood, Grant, Keys, Fawkes, Bates y Littleton, los cuales comparecieron el 27 de enero ante la cámara estrellada, donde proclamaron la inocencia de los Jesuitas; y el 30 del mismo mes

¹ *Abnuebant vera esse quae dicerentur*, Hist. Brit. libro XII, fol. 410.

² *Antologia confesion de Fawkes*, por el Dr. Abbot.

espiraron en el patibulo Tomás Bates, Grant, Roberto Winter y Digby; sufriendo los restantes igual suerte la mañana siguiente, y muriendo todos ellos con un valor y una piedad extraordinarias. Preguntáronle á Grant si no detestaba aquella trama como una impiedad: «He venido aquí para que me ahorquen, contestó, y no para discutir acerca de los casos de conciencia; en un «todo me someto á la censura de la Iglesia católica.» Tomás Winter habló en nombre de todos, y en el mismo disculpó á la Sociedad, y en particular al P. Texmund, su confesor. Pero el que mas se cautivaba la admiracion y las miradas de la multitud, era sir Everardo Digby: jóven, hermoso como un ángel, opulento, y colmado de gracias y serenidad, se dejó ver al pié de la horca, y cuando le exhortaron los ministros á proclamar el arrepentimiento de su atentado: «No me parece, replicó, que en esc ha- «ya querido ofender á Dios; confieso que no me siento condena- «do por la voz de mi conciencia; verdad es que he violado las le- «yes del reino, no lo niego, y persuadido de esta verdad, acepto «de buen grado la pena que me imponen; pero me es muy doloroso el considerar que voy á morir dejando al antiguo culto de «mis padres en el mismo estado de opresion.»

Estos hombres exaltados habian creido salvar la Religion por medio de un crimen, y morian con el sentimiento de haberla comprometido; pero al fin morian sin remordimientos de ninguna especie, porque opinaban que la enormidad de su crimen se habia borrado por la santidad de la causa. Habianse engañado con una buena fe tan entera, que el mismo Enrique IV, uno de los monarcas mas expuestos quizá al puñal de los regicidas, no temió franquearles las puertas de Francia. «Muchos de ellos, dice de «Thou, fueron desterrados ó se vieron precisados á emigrar de «Inglaterra; pero todos ellos fueron acogidos favorablemente por «el gobernador de Calais, Domingo de Vic, quien habiéndoles «manifestado que compadecia su suerte y la de sus asociados, «añadiendo, para consolarlos, que la bondad de su Rey les fran- «queaba otra patria en lugar de la que habian perdido, uno de «ellos le respondió: *Echamos poco de menos nuestra patria, porque «los hombres probos y honrados la ven do quier que se encuentran: lo «que causa nuestra mayor afliccion, es el no haber podido conseguir el «grandioso y saludable proyecto que habiamos trazado*¹.»

¹ *Historia universal*, por de Thou, libro CXXXV, tomo XIV.

Nada montaba á sus ojos la muerte, el destierro, ni la desnudez; preciso era que hubiesen sufrido mucho, ó que su fe estuviese profundamente arraigada en sus corazones, para mostrar aquella perseverancia en el sentimiento de no haber podido consumir su crimen. Semejante aberracion en unos hombres, cuya virtud era tan evidente como su honor, acriminaba palpablemente el sistema religioso-político adoptado por Jacobo I y por sus ministros: solo profundizando las iniquidades calculadas de que fueron víctimas los Jesuitas durante el reinado de aquel Príncipe, llegamos á poderarnos formar una idea exacta de ambos sistemas.

En los dias 30 y 31 de enero, dos antes que pereciesen en el patíbulo los autores de la conspiracion, habia sido capturado el P. Enrique Garnett en Henlip, dentro del palacio de sir Abington, cuñado del baron de Monteagle, no sin haberse puesto en juego toda clase de amenazas, promesas y torturas para conseguir su captura. El Gobierno inglés, que no podia triunfar del silencio de los Católicos por ninguno de los medios oportunos, trató de poner en juego la difamación, una de las armas mas peligrosas en manos de un poder que no sabe hacerse respetar ni aun de sus mismos adversarios. Hartóse de calumniar, hasta que al fin, sus agentes, que habían ya violado todos los domicilios, consiguieron apoderarse de Garnett y de Oldecorne, y después de Owen y Ashley, servidores ambos de los dos Jesuitas, habiendo logrado refugiarse en el continente los PP. Oswald Texmund y Gerard, después de haber corrido riesgos de toda especie.

Veinte años hacia que el P. Garnett habia regresado á la Gran Bretaña, y diez y siete que dirigia esta provincia de su Orden. Y su reputacion era sin tacha; amábanle los Católicos, y no podian menos de apreciarle los Protestantes; mas todo el esplendor de sus virtudes no debia preservarle de los ultrajes que le reservaban Cecill y los Anglicanos. Eran estos demasiado perspicaces para no conocer que descargando el golpe en el jefe de los Jesuitas de Inglaterra, mostrándole como instigador de la conspiracion, haciendo ver que todo lo habia sabido, todo conducido, y ocultado todo, no habia necesidad de mendigar otras pruebas, ni de invocar otros testimonios contra la Sociedad de Jesús. Si el Provincial habia maquinado, ¿no habian debido seguir todos el mismo impulso? Si habia excitado á los conspiradores, ¿no se debian haber visto todos, aunque no fuese sino por cumplir con la obediencia, con-

denados á improvisarse los agentes de un complot cuya alma se habia constituido su superior? Los consejeros y magistrados de Jacobo I tenian una imaginacion creadora, al paso que su genio no dejaba de ser fecundo en expedientes; pero en la penuria de pruebas en que les habia colocado la sagacidad de Garnett, conocian que les hacia falta una basa mas sólida, un punto de apoyo en que basar sus alegatos. No le hallaban en las resultancias del proceso, porque los conjurados habian espirado en el campo de batalla ó en la plaza de Tiburn, resultando además tan pocos cargos contra los Jesuitas, que para explicar este silencio habia tenido que recurrir á un juramento impuesto y convenido de antemano; esperaron ser mas felices con el servidor del P. Garnett que lo habian sido con aquellos ocho caballeros nobles, quienes, al tolerar su justo castigo, todavía proclamaban la inocencia de los sacerdotes de la Compañía. Juan Owen, cuya salud estaba bastante quebrantada, pero que, en un cuerpo enfermizo, sentia latir un corazon siempre generoso, fue aplicado al tormento, donde á fuerza de suplicios intentaron el procurador general Eduardo Cooke y el lugarteniente de la Torre de Londres arrancarle algunas palabras ó una confesion, que tan fácil les hubiese sido aplicar á Garnett; pero nada pudieron conseguir, aun cuando le extrajeron las entrañas y le mutilaron de mil maneras, hasta verle espirar bajo la aterradora mirada de sus verdugos.

Jacobo (y este es un elogio debido á su memoria), habia mandado que no sometiesen á la tortura de la inquisicion anglicana mas que á Guy Fawkes; pero no tardaron en traspasar sus órdenes, aunque se esforzaron por paliar esta desobediencia, calumniando á Jonh Owen hasta en el género de muerte que habia padecido, y esparciendo la noticia de que se habia suicidado por no verse obligado á confesar lo que sabia acerca del complot. Como estos hombres hablaban en nombre de la religion y de la justicia, no faltó quien prestase asenso á sus dichos, aun cuando se apoyaban en una imposibilidad material. El presidente de Thou, que en su *Historia* se constituye eco fiel de sus palabras, dice: «El infeliz criado se suicidó en el calabozo por no verse obligado á confesar, ó impulsado quizás por su misma desesperacion; sirvióse de un cuchillo sin punta (por no habersele permitido un arma de otra especie), y abriéndose con él el vientre, se extra-

¹ De Thou, *Historia universal*, tomo XIV, libro CXXXV.

«jo los intestinos. Se procuró curarle; pero espiró antes de poder contestar al interrogatorio.»

Los Anglicanos del siglo XVII eran demasiado hábiles carceleros para que se pueda sospechar de ellos el haber dejado á un preso de tanta importancia arma alguna de que pudiera hacer un mal uso. Inventaron el suicidio de Owen para encubrir su propia barbarie, y para dejar manchado el cadáver del infeliz, que murió entre tormentos, con un oprobio que dejase á los hombres prevenidos el poder explicar aquella muerte voluntaria por la desesperacion. Owen, suicidándose, hacia recaer su afrenta sobre su amo: aseguróse que él mismo se habia rasgado las entrañas.

Y aunque nada apoyaba la acusacion, no por esto desmayaron los acusadores: el P. Garnett habia sufrido ya mas de veinte interrogatorios en presencia de los ministros; habíanle torturado de mil maneras distintas, y todas estas violencias quedaban sin efecto, cuando recurriendo Popham y Cooke á la estrategia jurídica, empezaron á divulgar que el Jesuita confesaba el atentado. Segun una carta del P. Baudouin, el secretario del Rey escribió al ministro inglés en Bruselas ¹ que Garnett confesaba ser el primer instigador de la conspiracion, mientras que los embajadores de las demás potencias cerca de Jacobo comunicaron á sus cortes la misma noticia. Se les engañaba con respecto á los lugares, con el objeto de que en sus correspondencias pudiesen propagar mejor el error que la malicia les inspiraba; pero semejante asercion de culpabilidad debia tener un término; y como se aproximaba, por otra parte, el juicio solemne, importaba no dar un chasco á la opinion tan diestramente dirigida: era verdaderamente un lazo tendido á los Jesuitas. De Thou explica del modo siguiente esta felonía, que, si está autorizada por la ley, debe al menos ser vituperada por la conciencia pública: «Sobornaron, dice el historiador parlamentario, á un sugeto que, á favor de sus quejas contra el Rey y sus ministros, y de sus lamentos acerca del estado deplorable en que se encontraba la religion católica romana en Inglaterra, logró persuadir á Garnett que era un católico fervoroso, llegándose á ganar enteramente su confianza.»

Á Garnett, cuyo candor se asemejaba al de un párvulo, se le espiaba en sus discursos por la hipocresía legal; se le vigilaba en su sueño; se insinuaban en sus secretos, y se le facilitaban medios de

¹ Carta del P. Baudouin, 15 de abril de 1606.

corresponderse con sus hermanos y amigos: las cartas que escribia debian pasar inmediatamente de la mano de su compañero á las de los sugetos á quienes iban dirigidas; así al menos lo creia Garnett, y en este concepto conversaba con su compañero acerca de su contenido: dilatábase su corazon con aquel abandono de un encarcelado que recobra por un momento su libertad, para conversar sin testigos con los depositarios de su afeccion. Estas cartas, que aun se hallan conservadas en los archivos de la Torre de Londres como un testimonio palpable de su inocencia, eran al instante remitidas al ministerio; pero á pesar de todos estos años no encontraban en ellas ningun nuevo indicio: evadiase el Jesuita de todas las emboscadas, y hacia mas embarazosa que nunca la posicion de los adversarios de la Compañía. Por último y desesperado recurso se probó de hacerle acarar con el P. Oldecorne.

Denunciado este último por Littleton, habia sido llevado al tribunal de Worcester. Littleton era uno de los cómplices de Catesby, que para salvar su vida se habia hecho revelador de secretos. Sus declaraciones empero no versaban sobre ningun punto directamente relativo á la concepcion ó perpetracion del crimen; de manera que el acusado no tenia que defenderse sino de tres hechos posteriores al atentado. Acusábanle de haber invitado á Garnett á que se refugiase en la morada de sir Abington, de haber suplicado al P. Roberto Jones á que favoreciese la ocultacion de dos de los conspiradores, y de haber otorgado su aprobacion al complot. El Jesuita contestó á estas interpelaciones declarando lo siguiente: «He ofrecido un asilo á Garnett; pero me he negado á procurar á los conjurados un medio de evasion;» y con respecto al tercer cargo, el mas grave quizás, dió la siguiente explicacion:

Que refiriéndole un dia Littleton que al ver Catesby incendiada su provision de pólvora en el momento de lanzarse al combate, habia entrado en cuentas consigo mismo manifestando cierto temor de haber ofendido á Dios, por lo mismo que se habia frustrado su empresa. A esta manifestacion de un arrepentimiento tardío, replicó Oldecorne con una teoría, que si bien verdadera en su principio, parecia adolecer en aquel momento de un exceso de indiferencia. «Los resultados, habia contestado, no justifican la moralidad de una empresa; ni su buen éxito prueba que sea justa, ni el que se haya frustrado prueba su injusticia: pues lo que

«decide de su justicia ó injusticia es el objeto que se propone y los medios que se emplean para realizarla.» Y en seguida añadió: «Yo le cité en prueba de mi aserto la tribu de Benjamin dos veces victoriosa, á pesar de haber mandado Dios á las otras tribus que la atacasen; el ejemplo del fin desgraciado que tuvo san Luis y los infructuosos esfuerzos de los Cristianos para defender á la isla de Rhodas; díjeme que lo mismo sucedia relativamente respecto á la conspiracion de Catesby; que no se debia vituperarla ni aprobarla por sus resultados; que era preciso juzgarla estudiando su objeto y los medios de que se habian valido, y que, no hallándome yo al alcance de semejante materia, no queria decidir cosa alguna: por último, que abandonaba el juicio en manos de Dios y á las conciencias de los conjurados. Contesté á Littleton con esta circunspeccion, porque recelaba que me tendia un lazo, y no quise que pudiese servirse de mi contestacion para algun fin dañado.»

Es tan desventajosa la posicion de un acusado en presencia de unos magistrados hostiles por espíritu de partido, que aun la misma reserva de estas palabras debia necesariamente convertirse contra el que las pronunciaba: claro está que no determinaba la cuestion; pero á fuerza de atormentar su pensamiento, se llegó á inducir y se creyó demostrar, que el Padre habia declarado áquel complot lícito y justo segun la conciencia.

El espía que Cecill habia introducido en la prision de Garnett, después de haberle hablado varias veces de Oldecorne, le anunció que acababa de ser trasladado á la Torre, y habiendo aquel manifestado el deseo de verle, le prometió el espía favorecer su entrevista: era el último recurso de los ministros para salir con la suya. «El espía les condujo á ambos, dice de Thou, á un paraje desde donde podian ser oídos fácilmente, y para que no llegasen á sospechar la traicion, les facilitó tambien el que pudiesen verse; pero ya habian tenido antes cuidado de ocultar en aquel mismo sitio dos sujetos capaces de dar testimonio.»

Estos Jesuitas, á quienes describen sus adversarios como tan sagaces y diestros, no llegaron á sospechar siquiera la perfidia de que iban á ser víctimas: un desconocido facilitaba á dos criminales de Estado el medio de conversar juntos, y ni aun se les ocurre la idea de desconfiar de un hombre que contaba con tales recursos. Hablaron de su situacion, de sus padecimientos y de los

cargos que les acumulaban; en seguida, contestando Garnett á una pregunta que le hizo su compañero de prision, dejó escapar esta fatal palabra: «No existe, dijo, prueba alguna de que me hayan participado esa trama: y un solo viviente podrá atestiguar que yo tuve simplemente conocimiento de ella pocas semanas antes de que se descubriese.»

Esta alusion indirecta á la confesion de Catesby, oida por el P. Texmund, y á ruego del mismo conspirador, consultada con el P. Garnett bajo el mismo sigilo, encerraba el germen de una acusacion entera, y abria á los Anglicanos un camino inesperado para atacar al dogma católico y á la Compañía de Jesús. Entran en ella con ardor los Anglicanos; los consejeros de la corona hicieron comparecer al Jesuita ante su tribunal, y sabido ya el hecho por boca del mismo Oldecorne, dieron principio al interrogatorio. Cállase el interrogado; le instan, niega; le someten á la accion de la tortura; le repiten una por una las palabras salidas de sus labios, y le piden una explicacion; confiesa entonces cuanto habia pasado, y añade: «No he denunciado á Catesby, porque el inviolable sigilo de la penitencia me sellaba los labios.»

Y decia verdad: habiase visto en la alternativa de incurrir en la muerte temporal como traidor, no revelando el misterio del tribunal sagrado, ó bien en la muerte eterna, cometiendo el sacrilegio de la indiscrecion; pero las leyes inglesas, basadas en los principios del calvinismo, no reconocian la Penitencia como sacramento, y por consiguiente el sigilo sacramental no tenia fuerza de obligatorio para ellas. Garnett se habia condenado á sí mismo; hallábase ya probada su participacion tácita, al menos en el complot: lo demás quedaba á cargo de Cooke. Una vez que ya se podia conducir al banquillo del acusado la religion católica con todos sus dogmas, puesto que entraba en la cuestion el Sacramento mas disputado, no tardaron en lanzarse á la arena el rey y los obispos anglicanos con el objeto de combatirla.

Entre tanto, conducido Oldecorne por segunda vez á Worcester, compareció ante sus jueces, que tenian un interés en que fuese reconocido como culpable; pero como en Londres no hubiera dejado de chocar esta injusticia, le confiaron á los magistrados de provincia. Es verdad que no se le habia probado delito alguno ni ninguna especie de crimen; pero era Jesuita, y esto bastó para que le impusiesen la pena capital.